

-VOZ EN OFF-

Los compañeros de aula se llevaban bien entre ellos, excepto por Tomás Tejeda. El problema con Tomás se convertía en interpretación de codazos dada su exquisita perfección, o esa apariencia de correcto ante los demás. No obstante algunos tintes de simpatía y tanteos de empatía, nunca había una infracción en sus actos, por lo que cada detalle personal parecía hecho en el lugar indicado y el momento oportuno. Ni siquiera la idea sin cuerpo de un mal de nacimiento le hacía morderse las uñas.

Esa desventaja de entrar al día de los débiles y salir por el otro lado generó resentimiento entre los compañeros. Algunos deseaban trepar con la mirada su secreto y verle cometer un pequeño error en cualquier cosa, en lo que fuera, pues tal relámpago de perfección hasta les llegaba a asustar.

Cierta noche, aquellos más asqueados se pusieron de acuerdo para hacerle una broma pesada. Hicieron recurso de la mano de un cadáver sustraído de las clases de anatomía y la amarraron al *socket* en el área de los vestidores del gimnasio. El plan consistía en que, cuando éste quisiera encender la luz tirando del cordón, iba a estrechar una mano no tan amistosa.

-¡Esto es para caerse muerto del miedo! -decía uno de ellos, en actitud de espera, atrás de los gabinetes.

No tomó mucho tiempo de ansiedad y excitación para ver a Tomás encender la bombilla con esa diversión que transforma todo viaje supernatural en un lugar ordinario y ni siquiera voltear para arriba.

La broma había funcionado, pero nadie reía.

-Si te crees tan listo... -gritó el líder, saliendo de su escondite -¿por qué no jugamos al espectador insomne en la verdadera función de medianoche?.

-¿Las glotonas del amor o Emmanuel 69?

-Ninguna, me refiero al cine Victoria...¿Qué dices?. Ese cine fue abandonado después de que en pantalla se presentó la advertencia: “Este es un lugar maldito, huyan de aquí mientras estén vivos”, y el proyccionista apareció ahorcado con el rollo siete en la sala de proyección, al encenderse las luces.

-Mera coincidencia...

-¿Te gustaría ir?

—¿Alguien que quiera hacerme compañía, bola de miedosos?...

Algunos se preguntaban si en el fondo Tomás tendría razón, en cuanto a que vivimos más atemorizados con nuestros infiernos del terror que del error. Una parte del grupo decidió seguirle a distancia hasta la cortina de fierro cerrando el inmueble, densa y antigua. ¿Para quién estamos haciendo todo esto?. La pandilla brinca de susto al primer golpe cercenador del candado. Mentira que una tela de araña tachona estalactitas cuando aquel trasgrede, abanicando el polvo, la resistencia de la obscuridad y se encamina silbando a su interior. ¿Tu no has sentido alguna vez que alguien te sigue?. El silbido regresa con doscientos metros de eco. Nadie se quedó a esperar...

Pasado un año, la apuesta se olvidó con la graduación y nadie fue arrestado por la desaparición de Tomás. El inmueble abandonado pasó a manos de unos inversionistas y cuando se reinstaló la fuerza eléctrica para iniciar los trabajos de remodelación, fue que descubrieron al intruso sumido en su butaca, gimiendo y hablando ininteligiblemente cual si se hubiera disparado su mente. El se obstinaba en señalar a la pantalla en blanco como si hubiera algo que solo él podía ver. Todo el mundo comentó que el miedo le había hecho

perder la razón, pero nadie podría asegurarlo dado que Laurel y Hardy cargan la pianola innumerables veces en innumerables muertes y la explosión de risas sucede por refuerzos que nunca llegarán. Nadie sabrá la verdad, excepto por Tomás Tejeda, quién jamás volvió a pronunciar una palabra otra vez.